



Gabriela Peña-Valle: *Diario de la histeria*. San José de Costa Rica, Encino Ediciones, 2020.

Hay libros solitarios, especie única, como decía Unamuno de sí mismo, y le llegan al lector con un halo de seducción. *Diario de la histeria*, de Gabriela Peña-Valle, según mi información, no tiene precursores en la historia literaria costarricense. Ha aparecido en estos días construyendo una lengua poética acuñada con breves episodios narrativos que dan pie al trabajo de la lengua y a una prosa admirable. No he visto un libro así entre nosotros. Para buscarle antecedentes en otras partes habría que remontarse a la narrativa del Romanticismo, pero este tampoco es un libro romántico. La lengua usa tonos y apela a intertextos distintos, a veces sagrados, pero es profana, inquisitiva, de un erotismo desafiante. También contiene textos enigmáticos de los que no siempre se dan las claves para orientar la lectura más allá del placer.

«Querés jugar, ¿al gato y al ratón? Pero yo no soy la presa. Yo soy la bestia que brama».

Quiero retomar aquí estas últimas ideas. Pero antes unas líneas sobre el género y la forma en que está organizado el material.

Diario de la histeria es un libro unitario separado en 28 capítulos, en los cuales habla una voz narrativa (y poética) en primera persona. Los capítulos, designados como *días*, llevan fecha imaginaria. Algunos, además de la fecha, incluyen un motivo, por ejemplo: Las palabras, El hastío, El verbo es carne, etc. Los capítulos —pocos ocupan tres páginas—constan de párrafos en su mayoría breves. La brevedad llega también a las frases, algunas sin verbo. La intensidad varía en cada capítulo, pero siempre hay momentos climáticos, como suele sucederles a los escritos literarios bien contruidos. Las imágenes obedecen a un mismo impulso; las más notables aluden al cuerpo, a etapas del día, y a reminiscencias bíblicas —acudiendo a citas en letra cursiva—, pero no para lograr connotaciones místicas, sino al contrario, para reconocerlas en su terrenalidad: gozo, fastidio, dolor, protesta, miedo.

Las distintas partes están organizadas para lograr un conjunto coherente, bien ensamblado. ¿Se trata de una novela?, ¿de relatos?, ¿de poemas en prosa? Propongo considerar que el libro es al mismo tiempo todo eso, y que se lea así, apartándonos de las formas habituales de subentender estos géneros literarios.

En algunas partes hay relato, es decir frases que cuentan algo con algún referente externo al libro, aunque breve, y en otras solo predomina la escritura lírica sobre la cual el alma se vuelca y expresa emociones en palabras experimentadas como materia sonora y rítmica, sin alusión a nada exterior.

Como lectores estamos ante un libro en el cual leer significa no solo disfrutar la belleza estilística, sino también excavar sentidos de textos que no quieren ser explícitos, y cuya riqueza se deriva en parte del rechazo a ser transparentes.

«Me observo escribir con el cuerpo un diario de la histeria: apesadumbrada y avergonzada, encerrada tras una ventana al exterior, desde donde me observo como un experimento de mi propia ansiedad».

El título incluye la palabra *histeria*. Desde la primera lectura se asume que por ella no se entienden los estado del alma tal y como los designan la psicología o la psiquiatría; más bien, se trata de un sentido particular de la palabra o de varios sentidos más o menos concordantes, es decir la 'histeria' no alude a una patología conductual. Podemos reconocer una especie de melancolía, desánimo, una forma de estar en el mundo, de conocer(se) en ciertas circunstancias y de desatender lo exterior a ese yo preso en la nostalgia, abatido por la niebla. A veces el libro conoce estallidos de lucidez en frases o párrafos cortos que golpean desde alguna rendija como un viento de temperatura extrema que hiere el alma. Otras palabras (no digo sinónimos) podrían ayudar a comprender mejor esa histeria: *saudade* (como lo dicen en portugués), *nostalgia* (neologismo italiano paradójico), *esplín*, como se decía en el siglo XIX, para designar una especie de tedio o abandono de la voluntad a estados de desánimo; o incluso podríamos desempolvar el término *enthousiasmos* (con el cual Platón designaba la exaltación inspiradora cuando un dios se nos mete en el alma para ser expulsado luego bajo la forma de obra de arte). Este gran relato fragmentado y unido en un todo escrito por Gabriela Peña-Valle le da un nuevo sentido a la palabra *histeria*, despejada de su origen etimológico griego (*hystéra* 'útero'). Recuerdo que J.-P. Sartre llamó primero *Melancolía* a la novela *La náusea*. Tal vez le iba mejor ese título inspirado en el grabado de Dürero.

«Me levanto, sonrío, me alimento, camino y llego a ningún sitio. A mi lado galopa la angustia. Buenos días, y la bestia coloca los cascos sobre mis hombros y me postra de rodillas en el día en que Dios vio que la luz era buena. Fue el día primero, y mis ojos añoraban la oscuridad».

La palabra 'diario' solo responde al sentido habitual de *diario* al menos en un punto: el dar cuenta y dejar por escrito día a día lo que va aconteciendo. Esta forma de narrar le imprime unidad formal al discurrir del alma por espacios neblinosos que ilumina un destello imprevisto. Por este medio la voz narradora se habla a sí misma, puntualizando, tratando de dejar constancia de momentos, heridas, deseos, palabras que esperan tener solo un sentido provisional.

«Te escribí un corazón abierto: versos de miedo y fatiga. Me hundí en el abismo de la verdad, te mostré mi imagen en el espejo: la que da miedo mirar».

A veces la historia parece nacer del interior de *La pesadilla* de Füssli: en el centro del óleo una doncella dormida despide una luz intensa, con la cabeza abatida hacia abajo, sobre cuyo pecho se acuclilla un íncubo. En el trasfondo muy oscuro, entre cortinas descorridas, se asoma una cabeza equina. La inquietud, la melancolía, la violencia hacia adentro, nacen ahí.

«Me miro escribiendo un diario, y de reojo a todos mis muertos. Me observo respirar, mirar con miedo, hincarme y arrancarme la ropa, al lado de la angustia con cara de caballo».

El diario de la histeria es el relato de un discurrir de la conciencia que solo puede decirse algo a sí misma con palabras que pugnan por labrar su sentido. Por eso estas palabras tejen un texto fragmentado en donde los sentimientos se abren campo entre velos y golpes de lucidez. Es como si las oraciones y párrafos y capítulos se esforzaran por contar algo más allá de sí mismos sobre una realidad que a su vez es tan incierta y abismal como la palabra que se usa para decirlo. Esta 'realidad', para llamarla de alguna manera, es también el propio pasado y el presente de la voz narrativa, es decir su historia de sueños, deseos subvertidos, pesadillas, actos fallidos, heridas, incluso ilusiones.

Se pueden hacer observaciones sobre los rasgos estilísticos de *Diario de la histeria*, por ejemplo enfocando los párrafos breves, el ahorro en la adjetivación y su precisión, el efecto de las oraciones cortas y el de ciertos giros de sentido, las metáforas muy bien calculadas, pero ahora solo quiero destacar un esquema que se repite. Véanse estos párrafos:

«Atardece este día. Lo miro por la ventana. Como siempre».

«Coloco la mano sobre el vidrio y veo el vaho de mi respiración dibujar un mapa alrededor de los dedos».

«Detrás de la ventana, no puedo tocarme, no me escucho».

»Me observo respirar, mirar con miedo, al lado de la angustia con cara de caballo».

Como se ve, hay un *crescendo* muy sutil, va aumentando la intensidad de sensaciones, con un patrón repetido una y otra vez, incluso dentro del mismo capítulo. Esta técnica le procura mucho gozo al lector. Como en la música. Igual que aquí:

«Entonces me miro y me abandono. Y abandono las palabras que son el laberinto de este espejo».

«El sol cae con las palabras».

«La vida es esto: una promesa incierta de atardeceres».

«A la salud de la vida. A la salud de la incertidumbre».

«Histeria».

Para concluir confieso que, como lector espontáneo, disfruté el texto en mi primer encuentro. Luego, haciendo una lectura crítica, se reafirmaron mis primeras impresiones y he querido verbalizarlas en el presente comentario. Ese proceso, esa degustación de la lectura me indica una y otra vez que el *Diario de la histeria* funda un estilo. Invito al lector a disfrutarlo, y...

«No olvidés poner agua en la vasija del tiempo».

(Gabriela Peña-Valles es abogada y ejerce el derecho de familia y el de resolución de conflictos. Es bailarina de danza moderna desde hace más de dos décadas. Escribe desde hace décadas. Este es su primer libro).

Rafael Ángel Herra

Universidad de Costa Rica – Academia Costarricense de la Lengua